

---

## CLITOFON.

---

### ARGUMENTO.

Clitofon, acusado por Sócrates de haber censurado sus conversaciones filosóficas y alabado las lecciones del sofista Trasimaco, se defiende, exponiendo al mismo Sócrates lo que de él piensa en un discurso de algunas páginas, que se resúmen en pocas palabras. Sócrates es un hombre maravilloso para exhortar á la virtud, y desempeña mejor que nadie tan noble tarea. Pero incurre en el gran error de no pasar de aquí. No basta inspirarnos el deseo de ser virtuoso; es preciso además enseñarnos á serlo prácticamente. Es preciso que se nos muestre el camino, se nos señalen las dificultades y los obstáculos, y si es necesario, se nos guie hasta llegar al término. No es mi ánimo indagar aquí si esta censura es justa, pero aun cuando lo fuese, el *Clitofon* será siempre una composición de escaso valor.

---



## CLITOFON.

---

SÓCRATES.—CLITOFON.

SÓCRATES.

Clitofon, hijo de Aristonimo, me han dicho hace un instante, que en una conversacion que has tenido con Licias, has criticado las discusiones filosóficas de Sócrates, y puesto en las nubes las lecciones de Trasimaco (1).

CLITOFON.

Te han referido exactamente, Sócrates, lo que he dicho de tí á Licias; si en unas cosas te he censurado, tambien te he alabado en otras, y como veo en claro, que á pesar de tu aire de indiferencia estás incomodado conmigo, seria conveniente, ya que estamos solos, repetirte lo mismo que he dicho, y te desengañarás de que no soy injusto para contigo. Indudablemente te han informado mal, y esta es la causa de tu irritacion. Pero si me permites decirte todo lo que pienso, estoy pronto á hacerlo, y no te ocultaré nada.

SÓCRATES.

No tendria razon para oponerme á tu deseo, cuando éste redunde en mi provecho, porque evidentemente desde el momento que me hagas ver el bien y el mal que resi-

---

(1) El mismo de la *República*.

den en mí, procuraré seguir el uno y huir del otro con todas mis fuerzas.

## CLITOFON.

En este caso, escúchame. Me ha sucedido muchas veces, Sócrates, que encontrándome contigo, me he dejado llevar de la más viva admiración al oír tus discursos, y me ha parecido que hablabas mejor que nadie, cuando reprendiendo á los hombres, como un dios que aparece en lo alto de una máquina de teatro (1), exclamabas:

«¿A dónde vais á parar, mortales? ¿No veis que no ha-  
»ceis nada de lo que deberiais practicar? El objeto de to-  
»dos vuestros cuidados es amontonar riquezas y trasmi-  
»tirlas á vuestros hijos, sin inquietaros para nada del uso  
»que puedan hacer de ellas. Tampoco procurais darles  
»maestros que les enseñen la justicia, si puede ser ense-  
»ñada, ó que se ejerciten en ella, si es que sólo en el ejer-  
»cicio puede adquirirse. Tampoco tratáis de gobernaros  
»á vosotros mismos, educándoos en la virtud. Cuando  
»vosotros y vuestros hijos, despues de conocer las letras,  
»la música y la gimnástica, lo cual creéis que constituye  
»la educación más perfecta, veis que no sois menos igno-  
»rantes por lo que hace al uso que haceis de vuestras ri-  
»quezas ¿cómo no os escandalizais de esta educación, y no  
»buscáis maestros que hagan desaparecer esta ignorancia  
»y esta disonancia? A causa de este desorden y de esta  
»inconveniencia, y no porque un pié deje de guardar com-  
»pás con la lira, tiene lugar la falta de acuerdo y armo-  
»nía entre hermanos y hermanos, entre Estados y Esta-  
»dos, y en sus divisiones y en sus guerras sufren el  
»cúmulo de males que mutuamente se causan. Pretendeis  
»que la injusticia es voluntaria y que no procede de la

---

(1) Alusión á las apariciones de los dioses en las tragedias, sobre todo á su final, sea para sorprender á los espectadores, sea para suministrar un desenlace á la pieza.

»falta de ilustracion y de la ignorancia, y, sin embargo,  
 »sosteneis que la injusticia es vergonzosa y aborrecible á  
 »los dioses. ¿Qué hombre seria capaz de escoger volunta-  
 »riamente un mal semejante? Respondeis que es aquel  
 »que no sabe resistir á los placeres. Pero si la victoria de-  
 »pende de la voluntad, ¿la derrota no es siempre invo-  
 »luntaria? La razon nos precisa á convenir en que de to-  
 »das maneras la injusticia es involuntaria, y que es un  
 »deber para los individuos en particular y para los Es-  
 »tados en general, manifestarse más atentos y más vigi-  
 »lantes que lo están hoy.»

Cuando oigo de tus labios tales discursos, Sócrates, te cobro cariño, y te elogio lleno de admiracion. Y lo mismo me sucede cuando añades, que los que ejercitan el cuerpo y desprecian el alma no hacen nada ménos que despreciar lo que tiene el mando y tributar obsequios á lo que debe obediencia. Así como cuando expones que el que no sabe servirse de un instrumento, obra mejor absteniéndose de usarlo, y que el que no sepa servirse de los ojos, ni de los oidos, ni del cuerpo en general, obraria más cuerdamente no mirando, no escuchando, y no sacando ningun partido de su cuerpo, ántes que servirse de él á la aventura. Todo esto no es ménos cierto con respecto á las artes. El que no sabe servirse de su lira, evidentemente no sabrá servirse mejor de la del vecino, y recíprocamente el que no sabe servirse de la lira del vecino, tampoco sabrá servirse de la suya, y otro tanto puede decirse de todos los instrumentos y de todas las cosas. De estos razonamientos deducias esta preciosa conclusion: el que no sabe servirse de su alma, debe dejarla inactiva, y no vivir ántes que vivir abandonándose á las sugerencias de la fantasía; y si necesita vivir, obrará más cuerdamente sometiéndose á otro más bien que conservando la libertad para tal uso, y al modo de un buen navegante confiar la conduccion de su barco al que es hábil en la ciencia de

governar á los hombres, ciencia que llamas tú muchas veces la política, Sócrates, y que, en tu opinion, es la misma que la de juzgar y administrar justicia.

En todos estos discursos y otros muchos semejantes, todos verdaderamente bellos, en que sostienes que la virtud puede por su naturaleza ser enseñada y que es preciso ante todo tener cuidado de sí mismo, jamás he censurado nada, y me atrevo á decir, que nunca lo haré. Tales razonamientos son, á mi parecer, muy útiles, porque son muy eficaces para excitarnos, sacudirnos y despertarnos de nuestro entorpecimiento. Pero quise aplicar mi espíritu á saber más, y para ello me propuse interrogar, no á tí directamente, Sócrates, sino á tus compañeros de edad y de gustos, á tus discípulos, á tus amigos ó como quiera que se llamen tus relaciones. En primer término me dirigí á los que tú más estimas, preguntándoles qué objeto debería tratarse despues de tales razonamientos é interpellándoles de este modo segun tu método:

¡Oh mis excelentes amigos! decidme: ¿qué deberemos pensar de las exhortaciones á la virtud que Sócrates nos dirige? ¿No deberemos pasar de ahí? ¿No deberemos caminar á la práctica de la misma y marchar hácia un fin? ¿Ó es cosa que se nos ha dado la vida únicamente, para dirigir exhortaciones á los que aún no han sido exhortados, para que éstos á su vez exhorten á otros? ¿Ó bien deberemos preguntar á Sócrates, ó preguntarnos unos á otros, admitiendo la utilidad de estas exhortaciones, qué es lo que á ellas debe seguirse? ¿Cómo y por dónde comenzaremos el estudio de la justicia? Si alguno nos exhortara á cuidar de nuestro cuerpo, viéndonos extraños como niños á estas artes que se llaman gimnástica y medicina, y que nos echara en cara que nos entregáramos con exceso á cuidar nuestro trigo, nuestra cebada, nuestras viñas y las demás cosas que cultivamos y destinamos á las necesidades de nuestro cuerpo, sin cuidar-

nos ni remotamente de un arte ni de un ejercicio para fortificar nuestro cuerpo, no obstante existir este arte; si á este hombre le preguntáramos de qué artes queria hablar, sin duda responderia que de la gimnástica y de la medicina. ¿Pero cuál es el arte para educar el alma en la virtud? Responded. Este arte, me dijo el que parecia más decidido, es el que Sócrates ha llamado muchas veces delante de tí la justicia.

Pero, repliqué yo, no basta que me digas el nombre. La medicina es un arte, pero tiene un doble fin; primero, formar nuevos médicos mediante los cuidados de los que ya lo son; y despues, curar. Una de estas dos cosas no es el arte mismo, sino el producto del arte enseñado ó aprendido, á saber, la salud. En igual forma en la arquitectura es preciso distinguir el producto y el arte, pues de una parte está la arquitectura que enseña, y de otra la obra, es decir, la casa. Con respecto á la justicia, de una parte forma hombres justos, como las artes de que acabamos de hablar forman sus artistas, pero de otra, ¿cuál es esa obra? cuál es la obra del hombre justo? cómo la llamaremos? Responde.

Uno me dijo: yo creo, que es lo ventajoso; otro, lo conveniente; otro, lo útil; otro, lo provechoso.

Pero, les respondí, esas palabras se encuentran en todas las artes en general, y en todo lo que tiene un buen resultado se dice que es provechoso, que es útil y todo lo demás. Pero, además de esto, todo arte tiene un objeto particular, al que se aplican todos estos términos. Y así, en el arte del carpintero, el bien, lo bello, lo conveniente se refieren á la construccion de muebles, y no se trata del arte puro y simple (1). Explicadme en la misma forma la obra de la justicia.

Al fin, uno de tus amigos, Sócrates, que á mi parecer

---

(1) Se trata del producto del arte, del resultado, de la obra.

habla con maravillosa elegancia, me respondió, que la obra propia de la justicia, que nada tiene que ver con ninguna de las otras artes, es el establecer la amistad entre los Estados. Interrogado sobre la naturaleza de la amistad, declaró, que es un bien, nunca un mal. En cuanto á la amistad entre los niños y los animales, no quiso darla este nombre cuando le pregunté sobre este punto, porque convino en que estas amistades eran casi siempre más dañosas que buenas; y para evitar esta consecuencia, no quiso llamarlas amistades; reservando este nombre para la mancomunidad de pensamientos. Como se le preguntara, si esta mancomunidad de pensamientos se referia lo mismo á la opinion que á la ciencia, rechazó la opinion; porque no puede negarse, que entre los hombres hay muchas veces lamentables acuerdos de opiniones, y habia afirmado que la amistad es siempre un bien y la obra de la justicia; de suerte que debió decir que la conformidad de pensamientos, en este caso, está fundada en la ciencia y de ningun modo en la opinion.

Cuando llegamos á este punto embarazoso de la discusion, todos los que estaban presentes se levantaron contra él, exclamando, que esta definicion no valia más que las precedentes, y le echaron en cara que la medicina tambien es cierto acuerdo de pensamientos y lo mismo las demás artes; y que todas están en el caso de decir cuál es su objeto; que, por el contrario, en cuanto á esa justicia, que él llama un acuerdo de pensamientos, no se sabe ni el objeto que se propone, ni la obra que realiza.

Por último, Sócrates, te pregunté á tí mismo. Me has dicho que la justicia consiste en hacer mal á sus enemigas y bien á sus amigos. Posteriormente te ha parecido, que el hombre justo jamás podrá hacer mal á otro, cualquiera que él sea, y que debe procurar más bien ser de todas maneras útil á todo el mundo.

Por consiguiente, despues de haberte preguntado, no



una ni dos, sino mil veces, he renunciado á hacer vanas súplicas, persuadido de que eres el hombre del mundo más capaz para exhortar á los demás á la virtud; pero que, una de dos cosas, ó bien tu poder no pasa de aquí y no se extiende más léjos (lo cual puede suceder en todas las artes; por ejemplo, sin ser piloto, puede hacerse un elogio de este arte que pruebe cuán digno es de la actividad humana, y hacerse lo mismo con las demás artes; de suerte que tú mismo podrias acusarte de no conocer la justicia, ensalzándola al mismo tiempo hasta las nubes, por más que no sea esta mi opinion). Pero una de dos cosas, digo, ó no sabes lo que es la justicia, ó no quieres comunicarnos el conocimiento que de ella tienes. Hé aquí por qué iré yo indudablemente en busca de Trasimaco ó de cualquiera otro con la esperanza de que me enseñe, á ménos que tú consientas poner término á todas esas exhortaciones. Por ejemplo, si me hicieses el elogio de la gimnasia y me animases á tener cuidado de mi cuerpo, despues de tan preciosa exhortacion, ¿no me dirias cuál es mi temperamento y cuáles los cuidados de que necesito? Pues obra ahora de la misma manera. Supon que Clitofon te concede que es ridículo ocuparse de todo lo demás y despreciar el alma, objeto verdadero de todos sus cuidados; supon, que yo te he referido todo lo que de esto se sigue y todo lo que acabamos de decir. Ahora, responde á mi pregunta, para que no me vea forzado, como acabo de hacerlo y como lo hice con Lisias, á alabarte en unas cosas y criticarte en otras; porque, lo repito, para el que no ha sido aún exhortado á la virtud eres tú el más precioso de los hombres; pero para el que lo ha sido ya, tú serias quizá un obstáculo que le impidiera llegar al verdadero objeto de la virtud, que es la felicidad.

FIN DEL CLITOFON.